

## VIDAS ESTERILES

Caminábamos despacito por el camino que se alejaba entre la masa ya oscura de los campos, blanqueando como si estuviera alumbrado por la luz de la luna.

¡Qué sensación más triste y dulce me producía aquel camino que iba tan lejos! Parecíame melancólico y largo como el adiós que se da a lo que se ama.

En el cielo todavía azul, de un azul oscuro, comenzaban a brillar las estrellas con su lucecita inquieta. Hacían pensar en campos de flores luminosas, flores de largos y delgados tallos balanceados por la brisa. Entre la yerba los grillos comenzaban su serenata . . . bajaban y subían el tono, llenaban el alma de languidez.

Como una lluvia que descendiera de las estrellas, cayó sobre el camino la música dulce de un acordeón que alguien tocaba a la distancia. Aquella música amable, sencilla, me parecía era el alma del camino solitario, bello con su belleza llena de noble melancolía.

En las cercas florecía el *tuete*.

El perfume de sus inflorescencias blancas, esparciéndose en oleadas por el camino blanco, sobre el cual iba flotando como por la superficie de un río tranquilo la música dulce de aquel acordeón, levantó en mi memoria un recuerdo que hacía tiempos dormía.

¡Ah! sí; el perfume del *tuete* me hacía recordar la gran sala sombría de la casa de Pilarcilla; la mesa con su urna de cristal bajo la cual se guardaba *el Paso* y los vasos adornados con las flores del *tuete* que yo en haldadas recogía para ella, porque era su flor predilecta.

¡La humilde historia de Pilarcilla!

La recordé mientras regresábamos lentamente por el camino desierto, envuelto en la dulce y humilde música del acordeón, que se confundía con el perfume de la flor silvestre y adornaba las cercas, y que se alejaba entre la tranquilidad de los campos, bajo la caricia de las estrellas. Pensé con infinita tristeza que aquellas mismas estrellas

que brillaban sobre el camino blanco, hacían caer sus guedejas de luz sobre el cementerio donde descansa Pilarcilla.

Frente a mí tenía en aquel momento el pequeño caserío en el cual lo único que alegra la vista es su gorguera de montañas azulitas. Después, todo en él es triste: la plaza desnuda de árboles, la iglesia pesada y ruinoso, las casuchas bajas y sucias. Frente a una esquina de la plaza, queda el caserón donde vivió Pilarcilla. Tiene aspecto de cárcel, con sus gruesas paredes, sus pequeñas ventanas voladizas provistas de barrotes de hierro. Sobre el tejado crecen las siemprevivas y los helechos.

★

★★

En el tiempo en que yo viví allí, la única ventana que no tenía los vidrios empolvados y sucios, era la que estaba junto a la esquina. A través de ellos, por entre los barrotes, me parece ver el rostro demacrado de Pilarcilla, mirando con sus ojos oscuros, llenos de mansedumbre, lo que pasaba afuera. Y se destaca más preciso en mi recuerdo, como lo viera en los días de lluvia, cuando las montañas estaban ocultas por la niebla y el pueblecillo parecía más triste y feo.

Pobre muchacha! Entonces los músculos de su rostro pecoso se ponían flácidos, y aquella faz tomaba el aire del abandono completo, del desconsuelo sin un vislumbre de esperanza. Hacía pensar en una tumba olvidada en el rincón de un cementerio.

Era triste aquel rostro. Lo tengo ante mí: pálido, alargado y enjuto, con una palidez de cera vieja, pecoso, la nariz grande, acaballada, que hacía casi ridícula la cara enflaquecida, y los ojos oscuros abriéndose bajo la frente pequeña, tenían una mirada de perro manso.

Fue en la mañana de un sábado el día en que Pilar me hizo sus confidencias. Pienso dulcemente que el cariño con que la traté fue como un regazo que encontró su corazón en la soledad de su vida. Abrió su alma de par en par para que yo pudiera ver la amargura inmensa que había en ella. Pero yo entonces era una chiquilla y no supe consolarla!

Era en la sala espaciosa llena de muebles antiguos y pesados. El gran reloj encerrado en su larga caja de madera negra, dejaba caer como si fueran de plomo los instantes en el mar del tiempo ido. Junto a la ventana se encontraba en una silla la figura escuálida de

Pilarcilla. En la mesa ardía una lámpara de aceite que esparcía su luz indecisa y pálida. La flor del tuete que llenaba los vasos, hacia flotar su perfume por la habitación.

Pilar había dejado sobre sus rodillas la labor que hacía en cañamazo y miraba hacia afuera con aire de ensueño. Yo me acerqué. Bordaba flores y pájaros fantásticos, pobres en formas y colores, parecidos quizá a los pájaros y flores que poblaban su imaginación de desalentada.

Ahora adivino con precisión aquella alma que como una jaula de la que hubiera huido el pájaro de la esperanza, yacía en cualquier rincón de la ruinosa casa de su cuerpo.

Sentéme a su lado y miré a través de la ventana. Allá, entre las faldas de las montañas azules, blanqueaban caseríos como nidadas fresquitas. Por la calle, camino de la ciudad, pasaban grupos de campesinos, porque era día de mercado. Las mujeres con sus canastas llenas de verduras o frutas en la cabeza y en las manos ramos de claveles, azucenas y varitas de San José. Llevaban las faldas recogidas y se veía entre el fango de la carretera blanquear castamente la desnudez de sus piernas y de sus pies. Algunas esbeltas jóvenes se habían cruzado el rebozo sobre el pecho y con los brazos arqueados con gracia descansando en las caderas, pasaban cimbreadoras, balanceando los canastos que llevaban en la cabeza, donde agitaban sus campanillas de marfil las flores del itabo. Se alejaban charladoras y rientes como agua entre piedras.

Los chiquillos desfilaban con jaulas hechas de cañitas que encerraban inquietos pájaros: yigüirros de plumaje humilde, jilgueros de vestido azulado y piquito amarillo, mosotillos diminutos y caciques con su traje vistoso negro y rojo.

Los hombres caminaban gravemente con las alforjas al hombro.  
¡Cuánto movimiento, cuánta vida había en la calle!

En el seto de enfrente, como copas volcadas de alabastro, florecían las reinas de la noche; a su lado, las hojas rojas de las pastoras eran explosiones de sangre.

En el potrero cercano, los terneros daban saltos locos alrededor de las madres que los miraban con sus ojos húmedos y dulces.

Había una pareja de comemaíces brincando entre las ramas de un jazmín del cabo que crecía junto a la ventana.

Pilarcilla volvió a mí su rostro enflaquecido y dijo:

¡Dichosas esas gentes, dichosas esas flores y esos animales! Vea esos comemaíces, están haciendo su nido en el cafetal de enfrente, los he visto atareados . . .

Nunca la había oído hablar con tanto calor. En su voz había un dejo de protesta.

Notó mi extrañeza. Se incorporó y me miró con sus ojos que no estaban apagados por la mansedumbre de siempre, sino que brillaban con una luz débil que parecía venir de muy lejos.

—Hasta los animales se alegran, se aman, sólo yo no me alegro ni tengo quien me ame. Usted no sabe lo que es esto porque ha sentido lo que es cariño, yo no. Usted es muy joven, tiene muchos años al frente y sabrá lo que es amor, sí, lo sabrá . . . y entonces, cuando se sienta querida, recuérdeme. Pronto cumpliré 30 años, pronto moriré . . . ; piense en mi vida triste en la que nunca nadie me ha dicho una palabra cariñosa. No proteste, continuó deteniéndome con un ademán, usted me dirá que me quiere, pero si así es, en su cariño lo que hay es lástima; me ve enferma, ya vieja! No es verdad que yo soy el último de sus afectos? Cómo será saber que se es lo más querido de otro ser? Es triste, es triste!

Calló, pero sus ojos continuaron hablando, lo que su voz no dijo:

Moriré pronto y mi corazón se hará polvo, sin haber sido más que capullo, porque el sol del amor no lo besó jamás para que se abriera en flor. He pasado por la vida como por un país de hielo, desierto, desnuda, sin encontrar ni un poco de calor . . . Lloraba silenciosamente y su rostro avejentado por la enfermedad me daba tanta pena!

Tomé sus manos flacas entre las mías y traté de consolarla.

Cállese usted, Pilar.

—Me parece injusta. Y sus tíos?

—Usted es la que debe callarse, me gritó, no blasfeme. Indíquele a un sediento un cauce seco para que apague su sed, o al caminante fatigado un árbol sin follaje para que se libre de los ardores del sol, y habrá hecho lo que ahora conmigo. Mis tíos! Un grupo de viejos que si supieron de cariño fue hace años, cuando eran muy jóvenes. Ahora

no son sino el cauce seco, el árbol sin follaje, y yo el sediento, el caminante!

Qué existencia tan triste debió ser la de la pobre Pilarcilla viviendo siempre entre aquel par de tías altas, flacas, tiesas, de rostros austeros, y el viejo sacerdote que tenía la nariz acaballada como la de Pilar, sobre una cara cuadrada de líneas duras. Eran fanáticos, de costumbres rígidas como sus figuras.

—A veces siento que los odio, continuó Pilar. Han hecho de mí una infeliz muchacha!

Me contó haber estado en el Colegio de Sión, donde nunca tuvo amigas porque su carácter era desconfiado y arisco y sus compañeras casi todas de familias ricas, interesadas y orgullosas. Que allí había leído novelas que la hicieron entrever campos, que su espíritu deseó, pero por los cuales no pasó jamás. Si no hubiera sido por aquella anemia que ya pronto acabaría con ella, la hubieran hecho hermana de la caridad o monja. De la casa a la iglesia, siempre vigilada por una de sus tías, así habían transcurrido los mejores años de su juventud. Ahora que ya estaba vieja y enferma le daban libertad. Ya para qué?

—La mayor parte de mis compañeras de Colegio se han casado, tienen hijos; las muchachas del pueblo de mi misma edad se han casado también; algunos de los chiquillos que han pasado llevando jaulitas con pájaros son hijos de ellas. Yo estoy sola . . . sola . . . nunca tuve amigas, nunca ningún hombre me ha querido, ni me ha dirigido una palabra cariñosa! . . .

Le contaré, añadió bajando la voz: hace unos cuantos años me entró un gran amor por aquel "corazón de Jesús", del tamaño de un hombre, que hay en la iglesia. Me sonreía y me ofrecía el gran corazón rojo que se abre en su pecho. A sus pies pasé largas horas contemplándolo. ¡Parecíame tan hermoso con su cabellera y su barba rubias y su rostro tan blanco. ¿Quiere creer? Yo sentía celos cuando veía que a todos sonreía como a mí. Luego me cansó su quietud, la eterna y dulce sonrisa de sus labios y el perenne ademán de ofrecer el corazón.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y así permaneció un rato. Cuando la levantó, ya las líneas de su rostro se habían suavizado y los ojos estaban apagados por aquella su expresión de mansedumbre.

—Qué importa todo eso. Pronto moriré, ya lo sé, y todo acabará. Lo deseo con toda mi alma; en el seno de la tierra no debe hacer falta el amor. ¿No le parece? Esta es mi esperanza.

Tomó de nuevo su labor y continuó bordando los pájaros y flores descoloridos y tristes como los que poblaban su pobre imaginación de desesperanzada.

Yo me sentía llena de pena mirando la flaca figura encorvada con el pecho enjuto levantado por la respiración ansiosa.

Me despedí. Ya en la calle miré de nuevo por la ventana aquella cabeza que se inclinaba como una flor marchita. Se había recogido el cabello lacio oscuro en un moño arriba de la nuca, y las líneas del cuello se distinguían precisas, uniendo pobremente la cabeza con el tronco descarnado. Ya más lejos volví los ojos para verla otra vez y el perfil amarillento con su gran nariz se distinguía muy bien a través de los barrotes de la ventana.

Pobre muchacha! Mientras caminaba la pensé muerta y casi me alegré, con una penosa alegría: estaba muerta, descansando en su ataúd en el medio de la iglesia, con el rostro de momia iluminado por la luz de los cirios. Entretanto el órgano llenaría la iglesia de música grave, y en su nicho el corazón de Jesús seguiría sonriendo con su inútil sonrisa y mostrando el corazón sagriente que no puede dar amor a los que tanto lo necesitan en la vida.

1912